

Cuentiembre2 - LD Baena

LD Baena

Image not found.

Capítulo 1

Corazón de sandía

No sé si fue porque de pequeña me tragué una de esas pipas de sandía. Una semilla que pertenecía a una fruta oronda y sabrosa, de esas que se compran en el mercado de agricultores los sábados por la mañana.

Las pipas que me tragué después, cuando cerraron el mercado ambulante y el único lugar donde podíamos comprar las sandías era el supermercado gigante, a la derecha de la salida de la autopista, nunca me hicieron el mismo efecto.

De hecho, creo que solo la que me tragué por primera vez tuvo la suerte, quizá la desgracia, de arraigar y crecer en mi interior.

La primera vez que noté algo vivo en mi interior fue cuando me regalaron un gatito de hojalata. No sé si a las sandías les gustan los animalitos o no, pero yo pude sentir que eso dentro de mí daba un salto. Lo cierto es que a partir de ese momento, pasaba el día con mi mascota de metal, sin peligro de que se escapase, o le atropellase un coche, o muriera de alguna rara enfermedad gatuna.

Crecí. Mi corazón de sandía también. Por supuesto que yo no podía ver a la redonda y fresca fruta aumentar de tamaño dentro de mi pecho. Sin embargo, cada noche, en el silencio de la madrugada, la sentía latir o golpear.

La segunda vez que noté mi corazón de sandía de una forma intensa y dolorosa fue cuando mi madre, a quien no le gustaba nada coger el coche para ir al supermercado gigante, a la derecha de la salida de la autopista, tuvo un accidente con una guagua que trataba de incorporarse al desvío.

Los testigos hablaron de charcos de sangre por toda la carretera. Yo no pude evitar pensar que serían los corazones de sandía de las personas que iban en el transporte público. Y el de mi madre.

Mi corazón de sandía se resquebrajó. Sentí que se rompería. Que por todos los poros de mi piel la sandía surgiría roja, líquida. Pero no pasó nada de eso. Mi abuela se vino a vivir a casa. Poco a poco, mi corazón y yo pudimos volver a levantarnos y mirar al exterior de la ventana. Un tiempo después, volvimos al colegio. Más tarde aún, ya éramos mayores y podíamos salir al mundo, con dolor, pero sin miedo.

Mi abuela siempre se sentaba a mi lado sobre el colchón para dejarme llorar. Ella me contó que su corazón era una mandarina. De pequeña le encantaba pasear por los cultivos del pueblo. Esos que ahora no eran más

que un parque amurallado, protegido de los vándalos y drogadictos. Un diminuto recodo verde en mitad de la ciudad.

Entre los árboles de los campesinos, ella siempre elegía el fruto más maduro de los mandarinos. Así, en su corazón creció una hermosa mandarina, dulce, pequeña, arrugada, pero llena de sabor.

Yo sé que mi corazón de sandía y el corazón de mandarina de mi abuela se comunicaban con libertad. Con la libertad de los ojos que se miran y las manos que se toman. Sin las cortapisas de las palabras y los malosentendidos.

Mi abuela me contaba historias sobre lo importante que es regar los corazones de la gente. Que la gente mala no lo es porque sí, sino porque se han olvidado de regar sus corazones con lecturas, sonrisas y canciones. Las frutas de sus corazones se han puesto amargas, se pudren; así como se pudren las manzanas del frutero cuando no se comen.

Con el paso de los años, me convertí en una mujer. Pero algo en mí se mantuvo siendo niña. Así podía hablar con mi abuela sin las trabas que dan la madurez, la seriedad y el trabajo. Nunca hablaba con nadie de mi corazón de fruta, solo con mi abuela.

Un día, al llegar a casa de mi abuela para almorzar, mi padre, serio, me recibió en el salón.

—Dios se ha llevado a la abuela, hija.

Esa fue la tercera vez que mi corazón de sandía latió en una marea de cálido zumo que me desangró.

Aún me pregunto qué fue lo que hizo que su dulce corazón de mandarina se ajase hasta secarse. Por qué mi abuela está con mi madre y yo no.

Las frutas no duran para siempre. Cada temporada maduran, caen, alguien se las come... Cada nuevo verano trae consigo nuevas frutas que crecen.

No pude contarle a mi abuela que espero que pronto, para el próximo verano, un pequeño corazón de sandía, o de mandarina, o de frambuesa, o de guayabo nacerá de mi interior.

Un niño fuerte con un corazón de fruta fresca que conocerá las historias que mi abuela me contaba, que sabrá que su madre tiene una sandía en el pecho un poco rota, un poco amarga, pero muy grande para quererle.

Las frutas no duran siempre. El dolor que tengo clavado en el entre las costillas desde hace tanto es una prueba de eso. Sin embargo, siempre

habrá niños que adoren la fruta con pepitas para poder arrancarlas y tragarlas enteras. Niños en los que crecerán maravillosos corazones tiernos, sabrosos y llenos de vida.